



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## MI DIARIO

Por Federico Gamboa.

2 DE ABRIL—Se efectuó la manifestación Díaz-Corral. Únicamente desde arriba pueden verse farsas semejantes, según me ha cabido en suerte ver ésta, de subsecretario en funciones de ministro y desde el balcón central de Palacio, a la vera del Presidente y de sus secretarios del Despacho, de encumbrados personajes políticos y de los edecanes con uniforme de gala. Lo que es abajo, por ningún dinero. Duéleme de verdad descubrir en el desfile magno, que encabezan centenares de levitas y chisteras, muchedumbre de amigos míos muy queridos, desgañitándose con los “vivas” que lanzan de cara al Caudillo. No he de estampar aquí sus nombres ¡Dios me defienda!... De la masa anónima y apretada que presencia el desfile, salen esporádicos siseos y se alcanzan a ver risas de censura y burla. Los personajes que cercan al Gral. Díaz, aplauden y se vuelven a verlo a él, para descifrar el efecto que la manifestación le produce. Corral ha de sentirse muy halagado, y aun saluda a los más notorios que desde la calle se destocan. El Gral. Díaz, en su perpetuo papel de esfinge, no acusa signo ninguno en su semblante ni en sus parcos ademanes y sus palabras tardas y roncadas. Es el símbolo del auto-dominio.

Disuelto el desfile, suben los delegados de grupos, corporaciones, etc., a felicitar al Presidente y al Vice. En el salón fronterero a la biblioteca se bebe una copa de champagne, y el general González Cosío<sup>811</sup> inicia su brindis:

<sup>811</sup> Manuel González Cosío (1836-1913), General de División, Gobernador de Zacatecas, Srío. de Comunicaciones y Obras Públicas, de Gobernación y de Guerra y Marina.

—“¡Señores, por el doble motivo...!

Yo aprovecho un buen momento para preguntarle al Presidente sus impresiones cuando se arrojó al mar, frente a Tampico: creyó perecer ante la encarnizada persecución del bote que lo salvaba; después de haberse sostenido ¡cinco días mortales! sólo bebiendo agua, no pudo pasar el pollo que le sirvieron ya en tierra; y al encontrarse victorioso dentro de Puebla, después del asedio memorable, se imaginó que era presa de una pesadilla, amanecía...

1o. DE JUNIO—Con el acercamiento de lo que hemos convenido en llamar elecciones (!) empiezan a subir a la superficie sucias burbujas de especies varias, las que es fuerza que suban cuando se revuelve el cieno de las ambiciones. Por mi situación en la subsecretaria, estoy al cabo de las bajezas, envidias, promesas y *ainda mais* que, con tan plausible motivo, asoman, sin pudores y sin cuartel pelean y pugnan por la victoria. Ni quien niegue que el espectáculo mucho dista de ser edificante y limpio, pero todavía fuéralo menos si el Soberano —léase el pueblo— se despachara a su antojo.

Y es que no hay que darle vueltas, las uvas de la democracia pura todavía están verdes, y verdes seguirán hasta el último día de la creación, salvo que antes no se descubra nueva y mágica arcilla con que fabricar hombres. No hay país del mundo —¡que tire la primera piedra el que se sienta sin pecado!— donde las elecciones se lleven a cabo con la incorruptibilidad que fuera de apetecer. Los grandes electores lo han sido siempre del gobierno y el dinero (más el dinero que el gobierno, supuesto que a los gobernantes también la codicia los tienta y vence), lo mismo en la “pérfida y nebulosa Albión” que en las zarzuelas republicanas de San Marino o de Andorra. Nuestra pobre humanidad, rebaño al fin y al cabo aquí y dondequiera, como todos los rebaños está fisiológicamente conformada para obedecer gregaria y ciegamente el cuerno del pastor, que ha de ser omnipotente y uno (hojéese la historia universal). Por eso todos los grandes movimientos libertarios —el famoso y pernicioso de “Libertad, Igualdad, Fraternidad” inclusive—, más a la corta que a la larga han resultado patraña y filfa; y por eso también, el régimen político más inmovible y sólido, a virtud de su profunda raigambre y de ser el que mejor cuadra con la

condición humana, es el monárquico y, en su defecto, la dictadura, siempre que el dictador no sea, como no lo es el Gral. Díaz, ni un salvaje ni un sátrapa. El mundo, perpetuamente hubo menester de un guía fuerte que lo conduzca y apaciente con el menor daño posible en su cuerpo y en su espíritu.

Y si lo que ya se anuncia se realizara, si el triunfo del marxismo se consuma, esa dictadura será la de la masa impreparada y bestial, mañosamente azuzada y explotada por sus líderes y corifeos. Sin que por ello deje de reconocerse cuánta razón y cuánta justicia no la asisten en venir procurando, desde la inhumación de la Edad Media, los muchos mejoramientos a que tiene indiscutible derecho; pero en el punto y hora que se sienta con las riendas de los Estados en sus manos, las peores dictaduras de que se guarda memoria van a parecer, a la suya comparadas, juegos de niños o inofensivas charlas de abuelos. Y si no, al tiempo!...

23 DE JUNIO—Después del encarcelamiento de Francisco I. Madero, autor de un libro pasaderamente subversivo<sup>312</sup> que encierra algunas verdades, y un desequilibrado mental en opinión de algunos de sus deudos; opositorista convencido y valiente que ha dado en la tecla de querer que México se convierta en una Arcadia, coute que coute, apareció en los diarios de esta mañana la candidatura para vicepresidente de la República de don Teodoro A. Dehesa,<sup>313</sup> gobernador de Veracruz, porfirista sincero de antigua data y franco antipatizador de Limantour y los "científicos". Entre los principales mantenedores de candidatura tan inopinada y repentina, figura mi querido Manuel Sánchez Mármol.<sup>314</sup>

<sup>312</sup> *La Sucesión Presidencial en 1910*. s.p.i. México, 1908. 358 pp. Véase la Introducción de Agustín Yáñez a la edición facsimilar de la Sría. de Hacienda y Crédito Público, México, 1960.

<sup>313</sup> Teodoro A. Dehesa (1848-1936). Véase la biografía de Dehesa por María Elena Sodi Pallares. Prólogo de L. Pasquel. Summa Veracruzana, México, 1959, 285 pp. La correspondencia de Limantour con Dehesa aporta juicios y sucesos muy importantes para conocer la historia de los últimos días del porfiriato.

<sup>314</sup> Manuel Sánchez Mármol (1839-1912). Véase *Un porfiriano, el maestro Sánchez Mármol*, por Alfonso Reyes. *Obras completas*. Ob. cit., tomo IV, pp. 179-182. Hermosa semblanza de un escritor olvidado.

26 DE JUNIO—Día de elecciones (???. . .) Naturalmente, yo no voté, por mucho que legalmente se me considere como ciudadano en el pleno goce de sus derechos y obligaciones, ni en la ciudad de México ni aquí en San Angel ¿con qué objeto? Hagan su comedia autoridades y políticos, que yo en estas páginas la juzgaré a mis anchas y la censuraré sin reservas, por más que me halle convenido de que en parte alguna se registran elecciones integralmente libres; puede que así sea mejor; menos ha de errar el criterio de un estadista de la talla del Gral. Díaz, insigne catador de hombres y admirable estadista, patriota sin reproche y probo como el que más, que el criterio brutal de la masa o el interesado y turbio de líderes y caciquillos. Es de preferir el primero, y máxime si se trata de pueblo cual el nuestro, apenas en el silabario de su educación cívica.

A propósito de elecciones libres, cuéntase la siguiente anécdota. Corría el primer período presidencial del Caudillo, y al acercarse una de estas farsas democráticas que pueblo ninguno practica con pureza, la Gran Bretaña in cápite, así todos las cacareen y aun por ellas se maten si a mano viene, don Protasio P. Tagle o don Justo Benítez<sup>215</sup> —repúblicos integérrimos que creyeron erróneamente poder manejar a su guisa al General Díaz—, separados o juntos le aconsejaron que no fuera a ejercer presión ninguna en los inminentes comicios, no obstante lo que el Presidente se oponía a ensayo tan peligroso a causa de la impreparación de los votantes presuntos. Tales serían las instancias de aquellos señores sus amigos, consejeros y partidarios, que el Presidente cedió, pero con una sola taxativa: que el ensayo se hiciese primero con la elección de regidores para el ayuntamiento metropolitano; organismo compelido por razones de ubicación, historial y propio decoro a comportarse harto mejor que los remotos y de importancia mínima. Y sucedió, que los municipales elegidos resultaron lo peor de lo malo, y que por culpa del sufragio libre para siempre se evaporaran preseas históricas: la escribanía y los candelabros de plata quintada que desde el siglo XVI fueran orgullo de la benemérita corporación edilicia! . . .

<sup>215</sup> Protasio Pérez Tagle (1839-1903), Gobernador del Distrito Federal en 1876; Ministro de Gobernación. Justo Benítez (1833-1900), Secretario de Hacienda.

A la misa rústica en la capilla de Las Correccionales.

Que no hubo desórdenes en el Distrito Federal. ¡Ojalá que tampoco los haya habido en el resto de la República, a pesar de los vaticinios que en contrario se propalaron!

NOTA DE 10. DE OCTUBRE—Septiembre de 1910 ha sido para México un mes de ensueño, de rehabilitación, de esperanza y de íntimo regocijo nacional.

Nadie, ni los mexicanos más castizos y amantes de su país pudieron imaginar rehabilitación tan solemne para nuestro México calumniado y sin ventura, hasta la última década del gobierno de Porfirio Díaz, quien con férrea decisión inquebrantable y patriótica, dígame lo que se quiera por sus desafectos, lo curó de sus dolencias endémicas y que incurables parecían, y le dió a manos llenas la tolerancia, la honradez administrativa y la bendición suprema de la paz, así sus malquerientes opinen que ésta sólo ha sido "paz orgánica". Suponiendo sin conceder, que estén ellos en lo justo cuándo, antes, la disfrutó nuestra tierra, adolorida de muy antiguo?... La paz, orgánica o no orgánica, siempre fué el anhelo por excelencia de todos los pueblos, porque trae aparejados el respeto y el prestigio entre los de fuera, y la prosperidad real y tangible de los de dentro.

Y si cual lo aseguran y prometen en voz baja vergonzantes agoreros y catequizadores todavía escurridizos por temor al castigo que conforme a la ley se les aplicaría por su propaganda clandestina y subversiva, la civilizadora y progresista "dictadura porfiriana" pronto sucumbirá a los embates de una revolución que en cuanto crezca y cobre cuerpo arrancará de raíz la mala hierba que se produce y aclimata en todas las latitudes político-sociales, en todas las épocas de la vida del mundo, para sembrar en cambio por todas las vastedades de la República dichas, purezas y virtudes de que por completo andamos ayunos, y luego repartir las pingües cosechas de maravilla que se levanten, entre todos los habitantes estupefactos frente a tamaño maná; si fuese cierto que el "Caudillo" tiene sus días contados y de grado o por fuerza habrá de caer, yo estoy seguro de que no bien se apacigüen las pasiones sobreexcitadas con el fragor y los excesos de la nueva contienda fratricida que ya la anuncian como implacable y de castigo para cuantos no la secunden ni sigan; no bien la

razón expulse las pasiones desbordadas momentáneamente, comenzarán a establecerse ineludibles comparaciones al contemplar los destrozos y ruinas. Y en cuanto la sangre vertida se haya secado y las lágrimas de los huérfanos y viudas se hayan enjugado —todas las lágrimas se enjugan y todas las sangres se secan—, entonces se hará justicia a este hombre egregio, y hasta sus peores enemigos, los más encarnizados e irreducibles se transmutarán, aunque jamás lo confiesen, en “porfiristas históricos”.

El espectáculo que ha ofrecido el reciente Centenario ha puesto de bulto lo que vale y significa la obra titánica que Porfirio Díaz ha consumado en su país, el grado a que logró prestigiarlo, en concepto en que el mundo que cuenta tiene hoy por hoy a nuestro México, ayer no más blanco de sangrientas censuras, de acres diatribas, de desconfianzas sobradamente justificadas si hacia atrás se mira. Sin faltar una, todas las naciones civilizadas de la tierra se complacieron en colmar a México y a su gobernante ilustre, por labios de sus representantes especiales —varios de ellos figuras de primer orden—, de honores y alabanzas subrayados con valiosos obsequios y muy preciadas condecoraciones; con el pacífico anclaje en nuestros puertos, que sólo sabían de bombardeos y desembarcos atentatorios si no piráticos, de extranjeras y formidables naves de guerra cuyas bocas de fuego ahora disparaban retumbantes salvas en honor de nuestra bandera ondeando el sol, respetada y respetable, y cuyas tripulaciones armadas desfilarían en la fecha ritual, el día 16, a los pies de nuestro vetusto palacio virreinal, a tambor batiente y enseñas desplegadas, confundidas con nuestras tropas trigüeñas, tocando sus bandas militares las notas de nuestro himno venerando en prenda de olvido por el pasado y de amistad espontánea y definitivamente reanudada, aplaudidas por las compactas muchedumbres que entusiasmadas presenciaban el simbólico y marcial desfile, el corazón desbocado de regocijo y miajas de muy legítimo orgullo, los ojos empañados por el vaho inefable de las emociones profundas; con una devolución, espontánea asimismo, de ciertas reliquias para nosotros sagradas: el uniforme del inmenso y virtuoso generalísimo Morelos, “siervo de la Nación”; las llaves de la ciudad de México ¡que nunca tuvo puertas! y que en instantes de ofuscación mental se ocurrió fabricar y ofrecérselas al general francés Elías Federico Forey...

Notas discordantes. La noche del 15, que en esta ocasión alcanzó proporciones de indescriptible entusiasmo nacionalista, fueron tantos los invitados a Palacio que se hizo necesario multiplicar el servicio del ambigü acostumbrado. Karl Bünz, embajador especial de Alemania y excelente amigo, prefirió no sentarse a la primera mesa, sino volver a contemplar el espectáculo ¡único en América! de nuestra plaza de armas cuando la muchedumbre que la llenó, hasta no escuchar devotamente y luego vitorearlo con el alma en la garganta, el "Grito" ritual, comienza a desertarla en pos de las bandas militares que se desgranaban por las calles y plazas de la ciudad, rumbo a sus cuarteles. En esas estábamos Bünz y yo, suspenso él y yo encantado como siempre que presencié la patriótica y popular manifestación pacífica, risueña y comunicativa, con tañer de guitarras, entonando canciones castizas y empolvadas, deteniéndose sus componentes frente a las vendimias alumbradas de ocote en que se frien enchiladas y buñuelos, y se pregonan cacahuates y frutas, los compradores empujando el codo, acallando brazos femeninos a los críos, insomnes y pávidos; todo eso veíamos, cuando en la bocacalle de Plateros se produjo insólito arremolinamiento de gente rijosa, se oyo destemplado vocerío y adivinamos un terco ondular y chocar de personas. A tamaña distancia no acertamos a dilucidar qué sería aquello, apenas si distinguíamos que un emblema, estandarte o cuadro, oscilaba y se erguía por sobre las cabezas anónimas, cual si unos y otros se lo disputaran a viva fuerza. De pronto, uno, dos fogonazos con sus sendos truenos inconfundibles rayaron la relativa penumbra en que las iluminaciones mortecinas iban sumiendo a la plaza, y, a poco, en desorden y con mayores voces, el remolino humano se abrió paso y avanzó de prisa por frente al portal de Mercaderes, la Casa del Ayuntamiento, rumbo a Palacio.

—"Tiros, ¿verdad?" —exclamó Bünz.

—Posiblemente —repuse—, cohetes o tiros disparados al aire por el júbilo que la fecha provoca.

El remolino siguió avanzando, hasta no desfilar por debajo de nosotros, que desde el balcón lo contemplábamos, Bünz intrigado y yo sin sangre, pues ya se descifrabán los gritos, vivas a Madero, y ya veíase qué era lo que en alto llevaban; un retrato en cromo del mismo Madero, enmarcado en paños tricolores.

—“¿Qué gritan?” —me preguntó Bünz.

—Vivas a los héroes muertos y al Presidente Díaz —le dije.

—“¿Y el retrato de quién es?” —tornó a preguntarme.

—Del General Díaz —le repuse sin titubeos.

—“¡Con barbas!” —insistió algo asombrado.

—Sí —le mentí con aplomo—, las gastó de joven, y el retrato es antiguo...

Amargado ya el resto de la noche por indicio tan significativo, tuve la aprensión de que algo grave se aproximaba, de que quizás las fiestas suntuosas del Centenario no eran el exponente de la prosperidad nacional tan trabajosamente conquistada, y en cierto modo, también la no usurpada recompensa con que el país entero coronaba las canas del reconstructor de la patria, del Caudillo meritisimo que no obstante sus muchos años aun empuña el timón de la antes desmantelada nave del Estado, con pulso no tan firme y certero como el de su madurez, ¡claro está! las leyes naturales no hay quien las conculque, pero todavía movido por las intenciones y propósitos más nobles y altos de un mexicanismo entrañable. ¿Vendrán, me pregunté, el sacrificio de la séptima Vaca Gorda de que habla la Escritura, y ya por los desiertos nortños, arreados por erróneas o torcidas ambiciones, se habrán echado a andar las siete Vacas Flacas?...

Más valiera, entonces, que la muerte, comúnmente inoportuna, hubiese herido a este varón ejemplar cuando el mundo todo lo aplaude y honra al palpar la magnitud de su obra de cíclope, y dentro de casa, hasta sus desafectos reconocen la proeza. Si la muerte nos lo hubiera llevado en el preciso instante en que sonaban las 11 de la mil veces memorable noche de septiembre, y sus manos repicaron el esquilón que en Dolores Hidalgo ¡hace cien años cabales! anunció al universo que un pueblo sediento de todas las libertades acababa de nacer, el viejo patriota sin mácula, el excepcional estadista envejecido sobre el duro yunque en que forjó los hierros que han levantado y reafirmado a su tierra, el soldado que peleó contra huestes extranjeras, el gobernante probo por excelencia, el de vida privada modelo, habría ascendido, nimbado de virtudes, a la gloria y a la inmortalidad que sobradamente se merece...

16 DE NOVIEMBRE—Descubierto un vasto complot revolucionario para derrocar al Gobierno. Es su caudillo, Francisco I. Madero, oriundo de Coahuila y de quien yo tengo escasas noticias: su entrevista con el General Díaz, en la que este perspicaz catador de hombres lo dejó en libertad de llevar adelante su campaña eleccionaria, sin prestar mayor importancia ni al personaje ni a su libro *La Sucesión Presidencial* que ha levantado ámpula en todo el país; su prisión posterior en la ciudad de San Luis Potosí, de la que casi se le protegió o se descuidó, adrede, su huida a los Estados Unidos, y lo que don Francisco Madero Sr., su padre, me dijera ha pocas noches en el restaurante de la “Maison Dorée”, delante de mi amigo Carlos Sánchez Navarro, después de preguntarle qué era lo que su hijo pretendía:

—“¡Panchito es un loco!” (sic)

Se habrán equivocado los dos, el General Díaz no concediéndole importancia, y el señor su padre, calificándolo de enajenado?...

El hecho es que el brote descubierto en la ciudad de Puebla, provoca muy serias consideraciones. Un señor don Aquiles Serdán (¿habrá nombres predestinados?), propietario de una zapatería, las señoras que integraban la familia, y un pequeño grupo de partidarios de “la bola”, se hicieron fuertes en la casa habitación del primero y, batiéndose denodadamente desde los interiores, resistieron los ataques de la policía angelopolitana y de un destacamento de tropa de línea. Un asedio épico por el arrojado de los sitiados y que sólo por ello mucho se asemeja al que en una casa de París, Bonnot y su banda de foragidos llevaron a cabo con igual coraje, teniendo en jaque durante varios días, hace algunos años, a aquella policía y aquella tropa. En nuestro caso, también al fin vencieron los sitiadores, que con suma cautela penetraron en la modesta residencia transmutada en una Tarifa urbana, merced al valor desplegado por sus inquilinos, mujeres inclusive, en la que sólo hallaron los muebles hechos trizas, una o dos de las señoras, lesionadas, muertos los hombres, y Aquiles Serdán, evaporado... Buscando y rebuscando —la manzana de casas cercada de soldados hacía imposible cualquiera evasión por las azoteas—, descubrieron a Serdán, mal herido y oculto bajo el piso de madera de una de las habitaciones bajas.

Visible estremecimiento ha sacudido los nervios de los habitantes de esta ciudad de México ante lo que reputa de frustrada intencionada temeraria, y aun los gobiernistas, la inmensa mayoría, no ha podido menos de admirar el ardimiento de ese puñado de valientes. No se descubren, sin embargo, asomos de intranquilidad ¡tanto mejor! todo el mundo descansa en la solidez del Gobierno, y ni los pesimistas piensan que la naciente revuelta lo eche por tierra.

Sin quererlo, yo me digo a mí mismo: una piedrecilla insignificante puede ser causa de que el majestuoso "Congressional Limited" que corre entre Washington y Nueva York se descarrile y se produzca una catástrofe!...

26 DE MAYO.—El servicio telegráfico de la prensa de aquí, me da la noticia: anteayer <sup>316</sup> presentó el General Díaz su renuncia ante la cámara de Diputados, que se la admitió, menos un solo voto, por inverosímil mayoría absoluta!!!...

¡Parece mentira lo uno y lo otro!

En la misma noche, después de manifestaciones callejeras befatorias y canallescas, la salida rumbo a Veracruz del gran patriota y su familia, una salida con vagos perfiles de fuga, la ciudad en tumulto, las turbas plebeyas, escandalizando impunemente. Y en la vía del ferrocarril, el asalto a mano armada al tren que se lleva al caído... ¡Triste fin de presidencia tan grande! ¿Nos amenazará la anarquía, la intervención yanqui tal vez, lo negro, lo pavoroso, lo horrible?...

¡Ah! las Siete Vacas Flacas de la Escritura se acercan bramando, a la zaga de las Siete Vacas Gordas que huyen despavoridas a hundirse en el vacío y en el recuerdo. Es la ley, la ley inmutable de la acción y la reacción, que por igual visita a los individuos que a los pueblos. ¿Qué será del país?... Y de tejas muy abajo ¿qué será de mí?...

9 DE JUNIO... Cable familiar: mis gentes de México, sin novedad después del formidable temblor de tierra con

<sup>316</sup> Federico Gamboa salió a Europa en enero de 1911, como embajador en España. En la anotación de 24 de noviembre de 1910, escribió: "...y lo que gozaré en el desempeño de mi embajada especial en España con que el general Díaz, motu proprio, ha querido gratificarme." *Mi diario*. Mucho de mi vida y algo de la de otros. Segunda serie II. Ed. Botas. México, 1939, p. 204.

que la ciudad virreinal, inconforme o anunciando cosas peores, recibió anteayer a Francisco I. Madero, derrocador del General Díaz y futuro Presidente de la República.

Lo que no entiendo es cómo se compadecen la triunfal recepción que "México entero y enloquecido de entusiasmo" (sic), dispensó a Madero con la no menos que en el puerto de Veracruz se dispensó el mismo día al general Reyes, en el momento en que desembarcaba.

20 de JUNIO.—Invasión del "Frascati". Vinieron de París, además de algunos que no conozco, el ministro Sebastián Mier, su esposa, su hijo y su nuera; el ministro Miguel de Béistegui; Olarte y Castañeda, secretarios de legación; el comandante González Salas, el capitán Frank y el teniente Zárate; Miguel Iturbe y su esposa; Luis Riba y la suya; nuestro cónsul en el Havre... Todos nos hablamos y escudriñamos, tratando de que labios y rostros extraños nos den la clave de por qué ha sucedido esto. Hay tristeza y desorientación...

A las 4 nos reunimos en el muelle de la Plata, dársena de Bellot, donde atracará, el *Ipiranga*, de la *Hamburg-Amerika Linie*, y donde nos alcanzan M. Mesley, representante del gobierno francés, M. Genetal, primer magistrado de la ciudad del Havre, y otros funcionarios menores. Llueve tercamente.

De súbito, divisase el barco, en nubosa lejanía. Conforme avanza, retardando su bogar cabeceante, aumenta en proporciones y se precisan sus perfiles. Cuando acaba de salir de la bruma y que su airosa silueta se dibuja a las claras, vemos que viene empavesado y que, a pesar de la lluvia, nuestra bandera se retuerce y ondea en el mástil de mesana. Mientras lo acoderan en su fondeadero, golpe de viajeros se apretuja contra la barandilla de cubierta, en sus semblantes pintada el ansia irresistible del desembarco en tierra firme al cabo de prolongada travesía, que aun los marinos profesionales experimentan.

Nosotros, la cara en alto, buscamos a los desterrados. La enérgica y viril figura del General Díaz se destaca en el acto, enhiesto, firme, digno como siempre. Rodéanlo sus deudos y Fernando González, Manuel Escandón, Lorenzo Elizaga, Roberto Núñez. Saludó a nuestro grupo, con su mano tendida y cordial, cruzáronse en el aire las primeras palabras a voces que, en instantes como éste, se dicen por

decir algo... El momento ha adquirido una intensa solemnidad. A poco, puesto el buque a libre plática, tras las autoridades francesas trepamos los demás. La emoción con que yo lo he abrazado me la amargaron las palabras que dentro de su gravedad habitual me dirigió:

“No esperaba verlo a usted aquí.”

A la cara ha de haberseme salido la contrariedad, pues muy risueño, Fernando González, previa mirada de consulta a él, me devolvió la calma:

—“Al contrario, hombre, envanécete. Desde que salimos de Santander, el señor Presidente nos dijo: el primero que estará en el Havre ha de ser Gamboa.”

El Caudillo, sonreía, con esa su sonrisa característica que casi no llega a sonrisa.

En el gran salón del paquebote, la parte oficial del acto: Mier presenta a los funcionarios franceses, quienes en su propio nombre, en el del Gobierno y en el de las autoridades del puerto dan al Caudillo una bienvenida protocolar. A su zaga, acércanse los compatriotas, y muy emocionado, Pepe Vega Limón, que lleva porción de años de no verlo, pierde los bártulos al escuchar que el General le dice solamente:

—“Cómo está usted, señor?...”

Tercié en su auxilio, seguro de que, de pronto, no lo había identificado por no portar ya el bigote que antes portara:

—Es Pepe Vega Limón —exclamé.

—“¿Y porque es Pepe Vega Limón ha dejado de ser señor?...”

Y tendiéndole los brazos con cariño manifiesto, borró mi oficiosidad con esa frase típicamente suya.

La lluvia, afuera, no escampa. Las autoridades lo invitan a desembarcar. El, antes de hacerlo, va y se despide del capitán del *Ipiranga*, que lo escolta hasta el portalón y ahí se le cuadra militarmente, en tanto la marinería de a bordo, alineada y agitando al aire sus gorras blancas, lanza a su paso los tres ¡hurras! de ordenanza. Los hombres nos hemos descubierto, el General el primero, quien continúa avanzando con su imponente majestad característica, sin que asome a su rostro —de bronce en todos sentidos—, la emoción que ha de haber ido estrujándole por dentro su noble pecho de anciano y de guerrero, reedificador de su patria. Erecto, sereno, fuerte, pisó el peldaño

inicial de la escala fija, a tiempo que arriaban del mesana, con las lentitudes rituales, nuestra bandera, y que la banda del *transatlántico* tocaba, divinamente, nuestro himno nacional. . . Todos, menos él, ahogados de emoción, no acertamos a estorbar que algunas lágrimas mal reprimidas temblaran en nuestras pestañas.

¡Ah, descenso inolvidable el de este gran caído, descubierto bajo la lluvia, a las gris claridad de un cielo ingrato, por la escala de buque extranjero, que viene a vivir sus últimos años en tierras tan distantes de la suya que tanto amó siempre, que enalteció y prestigió con su gobierno probo y sabio, a la que consagró desde su primera adolescencia hasta su extrema ancianidad, sus energías y su cerebro, su patriotismo sin mancha y su acrisolada honradez, la sangre de sus venas y todos los latidos de su corazón! . . .

A tu alteza integral ¡oh ilustre mexicano!, esto hacía falta: que la ingratitud de tus hermanos, adrede cerrando sus ojos para no ver lo mucho que te deben, te forzaran a despedirte para siempre de tus lares idolatrados; a recorrer, agobiado por tu edad y el desengaño, muchas y muchas calles de Amargura en demanda de un postrer asilo donde tus canas imaculadas y tus huesos cansados de cargar la pesadumbre de tus glorias, descansan en paz y, al fin, se vuelvan polvo en algún camposanto extraño. Al verte bajar así esa escala simbólica, te hallé gran parecido con el Rey Lear; pues como a él Cordelia, a ti tu dulce Carmelita, que a modo de enredadera de azucenas poetiza el tramonto de tu vida, y que siendo tu esposa pudo haber sido tu hija, a partir de hoy suavizará los abrojos de los caminos hoscos, y habrán de crearla hermana de Cordelia o émula de Antígona, en esto del amor y la piedad suprema. Y pensé en Cuauhtémoc, porque como aquél, también a ti las posteridades, que son las justicieras, han de llamarte: "Águila que cae."

¡Que Dios quiera prolongar tu existencia sólo lo indispensable para que refrendes ante el mundo el excepcional y altísimo ejemplo de los grandes de veras, que igualmente lo son en la prosperidad y en el infortunio!

Federico Gamboa, *Mi Diario*. "Mucho de mi vida y algo de la de otros." Segunda serie. II. Ed. Botas, México, 1939, 454 pp.